

TODOS SE HACEN GAULLISTAS

Desde un punto de vista puramente europeo, el año 1966 ha tenido una nota clara, inconfundiblemente *gaullista*. En la Alemania Occidental se planteó, al fin, la gran crisis política que se esperaba desde hacía algún tiempo para resolverse en circunstancias más bien curiosas: en coincidencia con la visita a París del primer ministro soviético, Aleksei Kosygin, que bien merece considerarse como algo más que la devolución de la que anteriormente había hecho el general De Gaulle, presidente de la V República francesa, a Moscú, y que pudiera servir de introducción para otra visita de mayor importancia todavía, la de Leonid Brezhnev, secretario general del Comité Central del Partido Comunista de la U. R. S. S. Y para la que, a poco de regresar Michel Debré, ministro de Economía y Finanzas, de Moscú, se espera que haga el primer ministro, Georges Pompidou, a la capital soviética, en la primera parte de 1967, antes de las próximas elecciones legislativas.

Cuando De Gaulle invitó a Kosygin—y a Brezhnev también—a que hiciese una visita a París, no podía pensar, es claro, en que fuese a coincidir con la formación de un nuevo Gobierno en Bonn, inclinado por lo menos más hacia el lado de Francia que el de los Estados Unidos. Tampoco podría pensar en ello el propio Kosygin. Pero una vez que la coincidencia se produjo, lo mejor era que uno y otro sacasen el mayor partido posible de la extraordinaria circunstancia. Por el lado del general De Gaulle, con hechos tan fuera de lo acostumbrado, de lo protocolario, como ha sido el recibir a Kosygin con 101 cañonazos, lo que sólo tendría justificación de tratarse de un jefe de Estado. Y eso que, en realidad, ni siquiera se podría decir, hablando con absoluta precisión, que Kosygin es un jefe de Gobierno. Sólo es un primer ministro, con menos atribuciones efectivas de las que acaso tenga Georges Pompidou, que tampoco es jefe del Gobierno de Francia—lo es el general De Gaulle—y

sí únicamente el primer ministro. Lo que es el primer ministro en el régimen soviético se puso de relieve en ocasión de aquella visita que hicieron a Praga Nikita Jruschov y Nikolai Bulganin, cuando aquél era primer secretario del Partido Comunista y éste era sólo el primer ministro, lo mismo que es ahora Kosygin.

Para que no quedase la menor duda sobre quién era quién, Jruschov dispuso que él sólo marcharía en cabeza—muy adelantado—de la comitiva, de pie en el automóvil y agitando bien los brazos, para que nadie dejase de darse cuenta de su presencia y de su importancia. Con unos antecedentes así, no ha dejado de llamar poderosamente la atención el hecho de que el general De Gaulle, presidente de la V República, y Pompidou, su primer ministro, hubiesen acudido al aeródromo para recibir a quien no era más que un primer ministro en un régimen, en el cual las funciones del Gobierno no tienen un acusado carácter administrativo, ya que la iniciativa, toda la iniciativa, en realidad, parte de la dirección del Partido Comunista, resumida en la figura de su primer ministro o, como ahora se vuelve a decir, en su secretario general.

Esto da un sentido especial el tratamiento que Kosygin recibió en París. Con lo que no se hace más que, en realidad, responder al homenaje y distinción que para Francia como nación, para De Gaulle como su presidente, ha podido significar esta visita, en la que Kosygin no era más que la personalidad más principal de una delegación, de la que formaba parte un viceprimer ministro y el ministro de Asuntos Exteriores. Había sido hecha, es más, a sólo unos días de distancia de la breve—y un poco accidentada, a causa del tiempo que no hizo posible el aterrizaje cerca de Moscú—visita a la capital rusa de Georges Brown, el dirigente laborista y ministro de Asuntos Exteriores de la Gran Bretaña, con lo que se pudo recordar que hacía algunos meses se había llegado a pensar en la inminencia de un viaje de Kosygin a Londres, que si no se hizo fue debido, acaso exclusivamente, al disgusto que en Moscú producía la actitud de apoyo, en apariencia incondicional, de la Gran Bretaña a los Estados Unidos en un asunto de tanta importancia como la guerra del Vietnam.

En París se conseguía lo que no se podía conseguir, al menos por ahora, en Londres, y esto sólo podía, en definitiva, reforzar y realzar la posición y el prestigio del General De Gaulle. Por eso, y aunque la U. R. S. S. como superpotencia buscase el fortalecimiento de sus propias posiciones en el campo

de las relaciones internacionales, más bien que las ajenas, los humoristas empezaban a clasificar a Kosygin entre los políticos *gaullistas*.

Más práctico, aunque menos espectacular, podría ser lo que estaba sucediendo por aquellos mismos días en la República Federal de Alemania, donde el profesor Erhard se vio en la necesidad de abandonar el palacio de Schaumburg para dejar la entrada libre a Kurt Georg Kiesinger, ministro-presidente hasta entonces de Baden-Wuerttemberg, que no era ni siquiera el más importante o el mayor de los Estados—*Land*—de la República Federal. El hecho de que el señor Kiesinger no fuese una de las primeras figuras del panorama político de la Alemania Occidental—hacía años que había preferido dedicar toda la atención al gobierno de su Estado, en lo cual alcanzó notable distinción—, podría servir para realzar más su presencia al frente del Gobierno federal para presidir, según la impresión general, una política que sólo podía ser de cambio. De cambio para acercarse a Francia, y, por tanto, distanciarse de los Estados Unidos, porque en la Europa de 1966—y quizá más todavía en la de 1967—una cosa no puede ir sin la otra.

Cualquier posición de duda, de indecisión que pudiese haberse mantenido con anterioridad, habría de ser abandonada a partir del enfrentamiento decidido que se produjo en la primera parte del año, cuando el general De Gaulle informó a la O. T. A. N y a las potencias-miembros de esa organización la retirada de Francia y la necesidad absoluta de que también fuesen retiradas del territorio de soberanía francesa todas las tropas que no aceptasen y acatasen la autoridad de Francia, en el plazo máximo de un año.

Un proceso de la naturaleza del que entonces se inició, a duras penas podía dejar las cosas donde antes estaban, y la demostración de ello es que lo sucedido en los últimos meses apenas hace pensar en otra cosa que en el comienzo de un proceso de traslado y reorganización que muy difícilmente podría tener otra significación que la de una liquidación. El hecho de que, al fin, en la conferencia parlamentaria de la O. T. A. N., celebrada en la última parte de 1966—para ser seguida, cuando 1966 agonizaba, por otra ministerial—se hubiese tomado el acuerdo de iniciar negociaciones con miras a la aproximación, incluso al establecimiento de relaciones y hasta el comienzo de negociaciones con el Pacto de Varsovia, mueve a pensar en que han ocurrido y están ocurriendo grandes cosas por la Europa occidental.

Una de las más importantes es, sin duda, ese nuevo Gobierno de la Re-

pública Federal de Alemania, que viene con el propósito, por lo menos, de restablecer, en la medida de lo posible, la cordialidad en las relaciones con Francia: el retorno, hasta donde sea posible llegar, al espíritu y quizá a la práctica también de los días finales de la llamada *era de Adenauer*, de la cual había sido una nota saliente el Tratado franco-germano de enero de 1963. Esto quiere decir, inevitablemente, que habrá un enfriamiento proporcional —acaso, en definitiva, más acentuado— en las relaciones con los Estados Unidos, que parecen entrar en un período de crisis en lo que concierne a más países que la Alemania Occidental.

Es posible que éste sea uno de los dos puntos cardinales de la política exterior del nuevo Gobierno de Bonn. El otro pudiera ser la aceptación definitiva de la frontera del Oder-Neisse, y para lo cual bien podría ser una necesidad absoluta un Gobierno como el actual, de «gran coalición», con demócratas cristianos y socialistas en el Poder, que tienen repartidos entre sí la gran mayoría del Parlamento y del Gobierno, éste casi mitad por mitad (nueve socialistas y diez cristianodemócratas). Para hacer una política *gaullista* bastaría, es probable, con la presencia del doctor Kiesinger en la cancillería y con Franz Josef Strauss, la primera figura del panorama político bávaro, uno de los mayores y más importantes Estados de la República Federal, y quien en otro tiempo, hasta el sensacionalista asunto de *Der Spiegel*, pudo considerarse como uno de los posibles, acaso probables, sucesores de Adenauer, sino inmediatamente, al cabo de unos cuantos años, y quien ha sido también considerado como la primera, más importante y más resuelta personalidad pública alemana, partidaria de una política de colaboración activa con Francia y de independencia creciente en todo lo tocante a las relaciones con los Estados Unidos.

Pero sin una «gran coalición» como la de ahora, en la que el Gobierno cuenta, al menos en teoría, con el concurso de 447 de los 496 diputados del *Bundestag*, la cámara baja del Parlamento federal, ¿cómo se podría afrontar una cuestión tan tremenda y tan difícil como esa de las fronteras del Este, la línea establecida de una manera provisional y que, al igual que tantas cosas establecidas provisionalmente, ha llegado a tener características de enraizada permanencia?

No porque no haya llegado a ser prácticamente unánime, con las pequeñas, contadas salvedades que suelen darse en todas las grandes cuestiones, en el ambiente político alemán el convencimiento de que se trata de

una realidad que mejor sería aceptar de una vez, para así dejar el campo libre a las negociaciones que permitan establecer relaciones de cierta normalidad con los países comunistas del Oriente europeo, y, al hacerlo, dejar abandonada de una vez la anticuada doctrina de Hallstein. Sino porque en el juego de los intereses y las pasiones políticas podría dejarse abierta, al mismo tiempo, la posibilidad de ganar votos y, en cualquier caso, algún ambiente para reclamar condena contra quien hubiese adoptado una decisión capaz de convertir en tema de agria, apasionada discusión, el asunto de los «territorios perdidos».

Con los socialdemócratas compartiendo con los demócratas cristianos las responsabilidades del Gobierno, será posible llegar a una decisión sobre una cuestión que se halla atravesada en el camino de la normalización de las relaciones de la Alemania Occidental con los países de régimen comunista del Oriente europeo, y con los cuales casi todo el mundo, en mayor o menor medida, está haciendo serios esfuerzos por ampliar y mejorar sus relaciones. Por esos mismos días, es más, en que en Bonn se formaba un nuevo Gobierno, con el tercer cambio de canciller en la docena y media de años de la vida de la República Federal y el primer ministro soviético hacía una llamativa visita a París, el Gobierno de los Estados Unidos tomaba la decisión, a su manera de muy especial importancia, de elevar a embajadas las legaciones respectivas en Budapest y Sofía, dando así una demostración más del propósito, anunciando más de una vez por el propio presidente Johnson, de actuar con el ejemplo en cuanto a eso de «construir puentes» para facilitar el intercambio comercial, cultural, y de otras clases entre el Occidente y el Oriente de Europa. Para recalcar, es más, la significación de un discurso reciente, en el que de nuevo había insistido él en la necesidad de mejorar y reforzar estas relaciones, una declaración que había sido calificada en Bonn, incidentalmente, como una «afirmación de fe *gaullista*», hecha por nadie menos que el primer magistrado de los Estados Unidos.

Una de las consecuencias principales del gran cambio que se había producido en el panorama político de la Alemania Occidental podría ser, se esperaba que fuese, el intento formal por mejorar las relaciones con los países europeos de régimen comunista. A pesar—o quizá por causa—de la nota de singular dureza que hizo sonar Kosygin en el banquete que había dado en su honor el Ayuntamiento de París, y al que no asistieron ni De Gaulle ni uno

sólo de los ministros de su Gobierno, quizá por motivos protocolarios o tal vez por razones especiales, al advertir que «las fuerzas del fascismo y la guerra» están resurgiendo de nuevo en la República Federal de Alemania. Fue enorme la impresión producida por el discurso de un hombre que nunca pareció inclinarse por el lado de las explosiones estridentes que llegaron a ser nota frecuente en la conducta de su antecesor, Jruschov. Apenas se hubiera podido esperar otra cosa.

Una Alemania en la que se había acabado de formar un nuevo Gobierno, aparentemente inclinado hacia el lado de Francia y que en Washington era observado con mucho y creciente recelo, quizá con mucha preocupación ya, era condenada por causa de esa presencia otra vez, de lo que para la U. R. S. S. suponía un gran peligro, en actitud «más temeraria y arrogante» que nunca, con sus demandas de revisión de las líneas fronterizas y de participación en el control de las armas nucleares, con lo que se «amenazaba perturbar el equilibrio y la paz de Europa».

Aquella actitud adoptada por el señor Kosygin apenas se podría considerar como una declaración de fe *gaullista*, es verdad, pero, después de todo, ¿qué otra cosa se podría esperar? Para la Unión Soviética lo importante, lo fundamental, son sus propios intereses. Esto es evidente. Lo es también el hecho de que la mano de la Unión Soviética se ha visto un poco paralizada por la naturaleza, tan esencial y violentamente agresiva, de la política del régimen de Pekín, que es, ante todo y para empezar, antisoviética.

La situación es comprometida, sin duda, para Moscú. La adopción de una actitud tolerante, comprensiva incluso, hacia el general De Gaulle puede ser una demostración de habilidad, pues en el estado de cosas actual, ¿cómo se puede ser *gaullista* sin ser, al mismo tiempo, antinorteamericano? Y, en consecuencia, ¿qué manera mejor y más eficaz de demostrar la total falta de razón de Pekín, al acusar a los dirigentes comunistas soviéticos de «renegados» y vendidos al «imperialismo norteamericano», que el hacer una política de notoria aproximación hacia París, y el general De Gaulle, en estos momentos, el peor enemigo de los Estados Unidos, con la posible—no segura—exclusión de Mao Tse-tung y los dirigentes del Vietcong? De Gaulle ha llegado a ser en 1966 algo así como la prueba del ácido para identificar y calibrar las calidades reales de los elementos que participan en las relaciones de las potencias europeas y euro-asiáticas con los Estados Unidos.

Todo esto es parte llamativa, pues, de un estado de cosas que ha alcan-

zado un punto de máximo desarrollo, hasta ahora, a lo largo de ese año. Y mucho más en la segunda mitad que en la primera, cuando en algunos instantes pudo tenerse la impresión de que los Estados Unidos ocupaban todavía posiciones de una consistencia más que suficiente para forzar a sus aliados en la O. T. A. N. a la adopción de una actitud resueltamente antifrancesa. O, en cualquier caso, *antigaullista*.

Para insistir un poco más en el tono, ya un tanto dramático y quizá hasta alarmante, de ese ambiente de cambio o descomposición que se hacía más ostensible, a medida que 1966 se disponía a ceder el paso a un año nuevo, vino aquella declaración, muy ambigua, pero muy espectacular también, de Harold Wilson, el *premier* británico, al anunciar en los Comunes que se había adoptado la decisión de tomar en serio la idea de buscar la entrada de la Gran Bretaña en la Comunidad Económica Europea. El tiempo—y no hizo falta que pasase mucho tiempo para ello—se encargó de confirmar una vez más que nada hay más difícil que saber lo que Mr. Wilson quiere decir cuando afirma que habla en serio. La cuestión de la entrada de su país en la C. E. E. parece tan remota, tan incierta, quizá hasta tan improbable ahora, como antes de haberse pronunciado en la forma solemne en que lo hizo.

A pesar de lo cual se ha podido hablar de Mr. Wilson como un político europeo más, que si no se había pasado de lleno al campo del *gaullismo*, había hecho por lo menos la tentativa o el esfuerzo por demostrar que no es el *gaullismo* algo que le inspire repugnancia. Especialmente por haberse producido eso en unas circunstancias tan especiales, a poco de haber advertido el propio Mr. Wilson, que «por muy bien que acojamos aquí (en Inglaterra), como en otras partes de Europa, las nuevas inversiones norteamericanas, no hay nadie a un lado y el otro del Canal (de la Mancha) que quiera ver el capital de inversión en Europa incurso en la dominación o en el último extremo en la subyugación».

Cada día se oye hablar más de «imperialismo económico», de algo que aparece inevitablemente asociado con la idea de que el valor de las inversiones de las Compañías norteamericanas en sus sucursales y empresas subsidiarias más allá de la fronteras nacionales alcanza ya un valor de inventario que pasa mucho de los 44.000 millones de dólares, y que sólo en la Gran Bretaña está muy por encima de los 5.000 millones y creciendo a un ritmo muy rápido, con un aumento de 600 millones de dólares en 1965 y otro en

JACINTO MERCADAL

1966 que se calculaba a fines de ese año en otros 760 millones de dólares.

La asociación de una cosa con la otra empieza a ser tan frecuente, que casi resulta inevitable hablar, al mismo tiempo, de las dos cosas a la vez. Es eso precisamente lo que da una significación, un sentido muy especial a los grandes cambios que se están produciendo en la Europa occidental y que muchos prefieren describir o explicar de una manera sencilla y, sin duda, muy defectuosa también, pero con cierta elocuencia propia, después de todo, como el comienzo de una inclinación irresistible hacia el lado *gaullista* de un binomio en que a un extremo están los Estados Unidos, y al otro, todo lo demás.

JACINTO MERCADAL.